



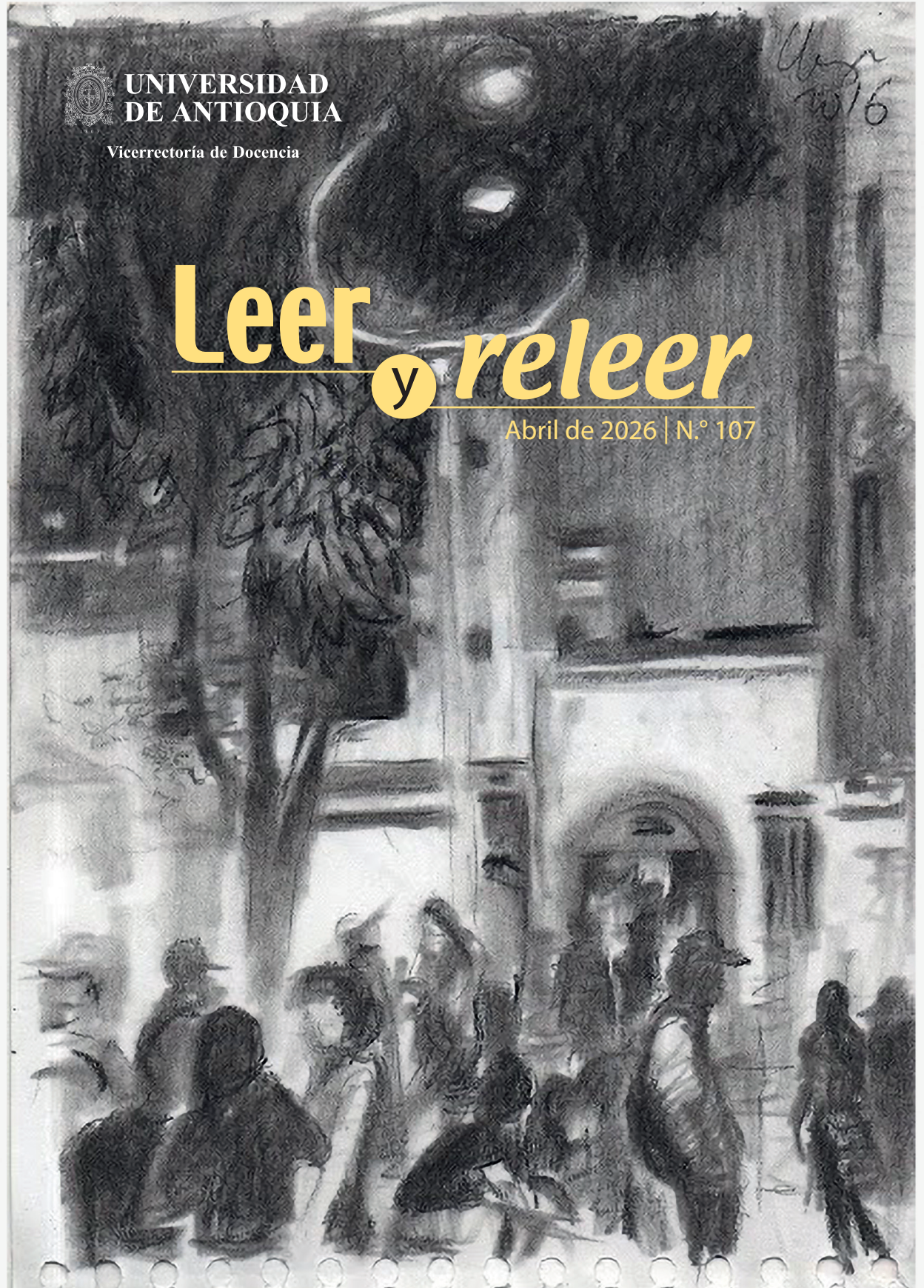
UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

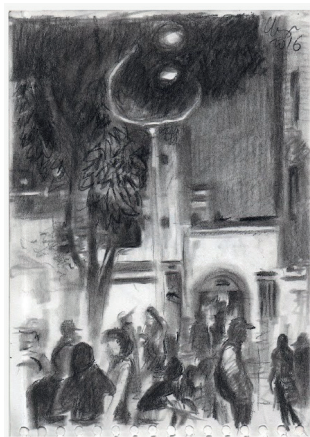
Vicerrectoría de Docencia

Ugarte
2016

Leer *y* releer

Abril de 2026 | N.º 107





Ilustraciones de Luis Loaiza

Compilación: Programa Cultura Centro y Sistema de Bibliotecas - Universidad de Antioquia
Perfiles de poetas: Andrés Esteban Acosta y José Luis Arboleda

Ley 23 de 1982 / Cap.3 (Art.32)

Es permitido utilizar obras literarias o artísticas o parte de ellas, a título de ilustración en obras destinadas a la enseñanza, por medio de publicaciones, emisiones de radiodifusión o grabaciones sonoras o visuales, dentro de los límites justificados por el fin propuesto, o comunicar con propósitos de enseñanza la obra radiodifundida para fines escolares, educativos, universitarios y de formación profesional sin fines de lucro, con la obligación de mencionar el nombre del autor y el título de las obras así utilizadas.



<http://biblioteca.udea.edu.co>

Correo electrónico: jluis.arboleda@udea.edu.co

Diseño, diagramación e impresión: Imprenta Universidad de Antioquia

Distribución gratuita

Leer y releer la poesía

“Letras al Centro”, la estrategia literaria del programa institucional *Cultura Centro*, es la justa metáfora que vindica el retorno de la palabra al pleno corazón de esta tricentenaria urbe, porque en el centro es donde, por lógica, palpita la vida de la ciudad, recalcan con ímpetu las variables gestaciones cívicas, nuevas y viejas camadas de habitantes traen sus atavíos verbales, sumándose a la prosapia colectiva del lenguaje que describe la identidad, la resguarda y la procesa en oruga constante para, luego, prorrumpir con sus vuelos de grafías.

El presente número de *Leer y releer* compendia una parte de ese noble trabajo que se adelanta hace ya varios años por *Cultura Centro*, en el Edificio San Ignacio de la Universidad de Antioquia, como un modo natural en que la Alma Mater da vida a esos muros centenarios. Allí hemos podido comprobar que la poesía no es un oficio, o al menos no uno cualquiera, que tenga lugar en el mercado, que fluya por horarios, clientes, sueldo y vacaciones, no se es poeta por encargo. Por lo tanto, antes que oficio, la creación poética es un impulso, una acción de criterio inconsciente, o como lo plantea metafóricamente José Agustín Goytisolo, es la artesanía del espíritu: “así es el

viejo oficio del poeta, que comienza en la idea, en el soplo sobre el polvo infinito de la memoria sobre la experiencia vivida, la historia, los deseos, las pasiones del hombre.”¹

En las páginas que siguen hay un regreso necesario a escritoras y escritores que podemos presentar como temporal y culturalmente inmediatos, pues son relativamente contemporáneos, reconocidos en nuestro territorio y con interrogantes similares a los nuestros, lo que les hace absolutamente vigentes: María Mercedes Carranza, Paloma Pérez, Sarah Posada, Raúl Henao, José Manuel Arango y Raúl Gómez Jattin, concentran la intención de los escritos de análisis sobre sus legados socioculturales en las miradas de estudiosos como Jairo Guzmán, Pedro Arturo Estrada, Federico Ayazo, Bárbara Lins, Luis Germán Sierra, Víctor Raúl Jaramillo y Mario Yepes, sumados a la fina observación del artista Luis Loaiza para entregar una visual de circunstancias, todas evocadoras, en gran medida de los rostros y vivencias tan ciudadinas como poéticas.

La poesía es universal y pública, para el disfrute y para recrear el pensamiento, pero cada sociedad tiene en sus poetas una identidad, un sello nacional, por lo que el *Sistema de Bibliotecas* y *Cultura Centro*, enfatizan en la importancia de mantener un lugar de encuentro que dé a nuestras realidades su momento en la palabra, puntualmente en la lente de los literatos nacionales contemporáneos, cumpliendo la función de lustrar la universalidad de la poesía, al extraer de los muros académicos este reservorio y entregársele mercedamente a quienes pertenece: al pueblo, al mundo, a la vida.

1 Goytisolo, J. (1996) *Algo sucede*. Poema “El oficio del poeta”

Clown 14



Esa necesidad – poco práctica – de la poesía

El título escapa a lo funcional, claramente; y más porque no se nombra “retos y perspectivas”, como suelen resolverse en estos tiempos las convocatorias. No, esta vez, nuestras fuerzas se decidieron por un camino: poner la poesía al centro, con sus letras, con sus imágenes y complejidades interiores –escribir un buen poema es una revelación–; quisimos que fuera desde el Centro de Medellín mismo como geografía, cruce de mundos, de aconteceres y, también, donde han habitado los poetas.

Letras al Centro nace como evocación sin grandilocuencia, un deseo por la palabra libre, por las fuentes de la creación que alcanza niveles hondos, cuando la obra surge y es materia que pesa por sí misma. Ah, se invita a un lector agudo que comparte su valoración sobre la poesía y su autor, trayendo un texto –es lo que leerá usted en estas páginas–. Por lo general son personas que navegan similares aguas y actúan como destiladores, sustractores de oficio para facilitar la comprensión del andamiaje. La letra impresa de estas reflexiones cuenta con hacedores de la cultura como: Bárbara Lins, Jairo Guzmán,

Germán Sierra, Pedro Arturo Estrada, Federico Ayazo, Mario Alberto Yepes y Víctor Raúl Jaramillo.

Aparece el poema desde su musicalidad, nos muestra su viaje como entidad viva. Qué mejor lugar para una práctica así, antigua, si se quiere (rodear a otros mientras hablan). Hacerlo entre libros, estantes y ventanas que traslucen las sombras de la calle, mientras un grupo de personas, atraídas por el magnetismo oculto de la poesía, se encuentran en una biblioteca ubicada al final de uno de los pasillos del histórico Edificio San Ignacio. Una “lámpara” con la cual se despide el día, mientras llega la noche.

En estas páginas están las apreciaciones sobre la poesía de José Manuel Arango, María Mercedes Carranza y Raúl Gómez Jattín, traídos de vuelta, integrados en su voz rotunda, en sus poemas que advierten de la perplejidad, de ese mirarnos por dentro desde afuera. También asisten a en esta edición poetas como: Paloma Pérez Sastre, Sarah Beatriz Posada y Raúl Henao, presentes en el presente y cuya singularidad se sostiene por sólidos cimientos y hallazgos.

Especial mención merece el artista Luis Loaiza, pintor de la ciudad y poseedor de una inmensa capacidad para captar la retina interna de que está hecha el alma. Los retratos hablan, parecen moverse, decir, acentúan la expresión en los ojos y nos revelan un sentir inescrutable. Esta publicación, en consecuencia, tiene el enorme privilegio de contar con las pinceladas de Loaiza, en sus combinaciones entre color y gesto, como solo él sabe hacerlo, como solo él lo logra.

Bien lo dice Luis García Montero: “El deseo se convierte en batalla violenta cuando deja de hacerse preguntas. Así que parece oportuno seguir defendiendo la poesía como raíz cultural entre personas que necesitan mirar y mirarse (...) Pienso en la poesía como vacuna contra la cursilería irresponsable de los dogmas y el utilitarismo inhumano de las multiplicaciones tecnológicas”.

Dejar que la poesía nos piense y advierta de su inutilidad, para saber lo necesaria que resulta ser para no olvidarnos de

nosotros, de los otros y lo otro; de cuánto necesitamos cuidar
la llama unánime que es la vida y la muerte que a todos toca.

Gisela Sofía Posada Mejía – Periodista
Líder Programa Cultura Centro UdeA



Sarah Beatriz Posada



La vida es una y toda, de esencia milenaria, que ha surcado el infinito y se reitera, cíclica, potente en cada nombre, tras ofrecer sus bucles temporales que son cantera de la estética, haciendo de cada generación un tránsito dimensional de su conocimiento cósmico. Para Sarah, la infancia, con su incógnita de poesía mesiánica, hizo la certera invitación a caminar y explorar, allí el hálito de luz, que aún prevalece, no estuvo ajeno de la condición cotidiana, como esencia cuántica de la escritura en que se descifra la nebulosa de los pensamientos. Lo etéreo no desaparece cuando se grafica entre lenguaje, máxime si se es, además de poetiza, constructora y gestora de un gran equipaje para el alma. Lo delectable de que al final, el enigma en su evolución por la pregunta nunca halle respuesta conclusiva es, precisamente, que en la perfecta incompletud surge una nueva pista para arrojarse enésimamente a la aventura.

Semilla de silencio que se abre

Por: Jairo Guzmán Sossa

(En torno a la creación poética de Sarah Beatriz Posada, reunida en su selección: *Las líneas de mis días*)

Con esta obra, que reúne creaciones de los poemarios en su orden de aparición mas no cronológico: *El libro de David*, *Espejismo y Eco*, *El pulso de la luna*, *Retratos*, *Cantos del amador* y su última sección titulada *Otros poemas*, asistimos al viaje por una poesía de la vertiente intimista, que recorre los intersticios de la existencia de quien se dispone al canto, condensado en la palabra justa, la palabra esencial habitante en esa morada que es el silencio.

Escritura que percibimos tallada con la precisión del orfebre y en la que lo cercano, lo cotidiano, lo entrañable, se metamorfosean en ritmo universal. Obra en la que el amor filial y el erótico, el cuerpo, el territorio, el mito y la escritura son fuerzas que emiten su pulsación en cada verso y se entretejen con una calidez que conmueve. Allí la estridencia no tiene lugar.

En *Las líneas de mis días*, se construye un territorio poético donde la palabra se convierte en ímpetu existencial y el silencio en cómplice esencial. Es una escritura que se modela como un acto de valentía: desnuda el alma sin alharacas, mediante la poesía como refugio y espejo. Cada palabra, cada verso respira con una calidez que extiende su abrazo al lector y lo invita a recorrer sus propias luces y sombras.

La síntesis de su expresión no es la simple economía de lenguaje, sino profundidad materializada en imágenes precisas -como un rayo de luna capturado en el cristal de un instante-. Aquí, la poesía no grita: musita revelaciones que resuenan en la piel del lector. Su escritura -cálida, urgente y desgarradamente honesta- posibilita la metamorfosis de emociones en paisajes y de silencios en puentes. Y en ese ámbito, el silencio no es vacío: es el latido entre las palabras, el espacio donde germina lo no que no se dice.

Así, asistimos a una condensación poética cuyo eje es sugerir y no solucionar descriptivamente lo que gravita en su imaginario, su visión y su expresividad. Condensa mundos en versos breves, donde cada espacio en blanco es un latido, un aliento compartido.

Sumergirse en esta antología, *Las líneas de mis días*, es como encontrar un cofre de madera pulida por el tiempo, lleno de objetos que a primera vista parecen simples pero que, al sostenerlos bajo la luz adecuada, revelan universos enteros y un eco profundo que resuena en el silencio.

Su escritura posee una escasa y hermosa virtud: la de decir mucho con muy poco, de tallar la palabra hasta su esencia más pura, hasta dejarla cargada de significado. Cada verso es una línea limpia, precisa, en el mapa del sentimiento verdadero, que resulta de la experiencia. Es como si hubiera destilado la vida hasta sus gotas más concentradas:

Nacer / es perder un poco / la inocencia // crecer / abandonarla / toda (Epigrama).

Estos tres versos se erigen como una cápsula donde hay una contención del dolor del crecimiento, la pérdida inevitable. No necesita explicar; la imagen basta.

En todo su libro se comprueba que su síntesis no es escasez, sino abundancia condensada. Como un grano de café que, al contacto con el agua caliente, despliega todo su aroma. Así son sus poemas: pequeños universos que se expanden en el silencio del lector.

En esta obra la voz lírica es profundamente íntima, confesional y autorreflexiva. La poeta escribe desde una primera persona que explora los ejes centrales de su existencia: la maternidad, el erotismo, el duelo, la soledad y el acto mismo de escribir. Esta voz rompe la sintaxis convencional para crear un ritmo más cercano al pensamiento y la emoción pura.

Estamos ante una antología vital que traza una trayectoria poética siguiendo la línea de sus días. La estructura misma del libro -dividida en secciones que corresponden a sus libros anteriores-sugiere una aproximación a su vida y su escritura, un diálogo entre la poeta madura y sus yoes poéticos que hablan en cada poemario antologado.

Trasegar por esas líneas de su vida es acceder a los poemarios que cada una es.

En *El libro de David* el amor filial al hijo se transforma en raíz esencial, que hace de la maternidad un ámbito sagrado. David -el hijo- es raíz y vuelo, presencia que desgarrar y renueva. La poeta aborda esta ligadura con una ternura entrañable, ungida de un dolor que no quiere para él; así, en el poema XI expresa: “Hijo / no repitas mi historia / en la tuya” (p.19) El silencio aquí es herencia y ruptura; un intento por protegerlo del peso de los legados. Revela el temor a que el hijo herede sus heridas, mientras en el poema XII dice: “Ser mi propia sombra / .../.../ quiero// ser el envés de mí misma/mi revés” (p.18) y aquí la voz poética se desdobra entre el anhelo de autonomía y el temor a marcar con sus huellas al hijo. La síntesis logra lo monumental: en pocos versos, encapsula el vértigo de crear vida mientras se navega la propia fragilidad.

Espejismo y eco, título que nos lleva a una noción o interpretación de la realidad y también de la poesía. Es poema en sí mismo,

que piensa la poesía; la poesía como constructora de una realidad soñada, alternativa (asimilable al espejismo) que ocurre en el lenguaje y a la vez eco de toda la poesía que le antecede; pudiéramos interpretarlo así. En el primer poema que a su vez es Iniciación (p.34) indaga en el mito bíblico como metáfora del conocimiento doloroso: “La demencia de saber como Dios”. La escritura se vuelve ritual para exorcizar fantasmas urbanos: Medellín en el poema IX es herida y cicatriz, el escenario doliente donde pasado y presente colisionan y “crece insospechada la muerte”. El eco del título resuena en versos como “Me iré diluyendo de tu memoria”* (p.39): lo perdido persiste como vibración en el aire. Y el cierre del libro con un poema fuerte ante un tiempo adverso y una civilización que se derrumba. Aquí el silencio es la sombra de una ciudad que sangra.

Luego, con el poemario *El pulso de la luna* asistimos a una noción de la soledad y la celebración del ser. Poemas nocturnos donde la soledad se hace danza. En el poema I, “En mi cumpleaños”, (p.48), celebrarse es un acto de resistencia: “Viva / por fin”. Aquí la luna no es astro, sino compás de intimidad; su pulso rige mareas interiores. Búsquedas de su yo interior. Con este libro también entramos a una zona de sensualidad contenida, casi táctil, en imágenes como “la brisa besa el lago”* (p.49) o “Besarte lento y húmedo” (p.69), pero también desgarró: “Quisieras borrar me de ti / De un solo golpe” (p.49). El silencio se vuelve música de fondo para el deseo y la introspección. El silencio aquí es complicidad con la noche; un espacio donde el yo se reencuentra.

Otra línea de la experiencia poética en Sara Beatriz es *Retratos*. Leer Retratos es como entrar en una galería de espejos donde cada poema refleja no solo el rostro de un poeta, un artista, un ser querido o un concepto, sino también un fragmento de la voz que los evoca. El poemario comienza con retratos de los poetas -Edgar Allan Poe, César Vallejo, Malcolm Lowry, Rainer María Rilke, Gloria Gervitz, la pintora Frida Khalo-, pero no

los retrata desde la biografía, sino desde el mito personal. Poe muere “de sí mismo”, no de causas ajenas; Lowry arde en “el cruel país del cactus”; Frida es “flor de sangre”. Son imágenes que destilan una comprensión profunda, casi corporal, del dolor y la creación. Luego, su atención se abre: ya no son solo figuras públicas, sino personas cercanas (“Padre”, “Ella”, “Celia”), conceptos abstractos (“Fortaleza”, “Hombre”) e incluso un lugar sagrado (“Getsemaní”). Este movimiento expande el sentido de “retrato”: no es solo la representación de una persona, sino la captura de un estado del alma, un instante, una herida abierta. Todo expresado en un lenguaje siempre preciso. Conmueve el poema “Padre”, es desgarrador, un homenaje lleno de contradicciones, amor y rabia, que culmina en ese verso devastador: “Solo te jugó sucio / el arrebató”. Es una elegía que no dulcifica, que muestra al hombre entero, con sus obsesiones y su soledad.

En el poemario *Cantos del amador*, se nos revela el cuerpo como liturgia erótica. El amor se experimenta como posesión sagrada y entrega total. “Besarte poro a poro” (p.69) o “He de morir de ti!” (p.87) son versos que funden carne y espíritu. El amado es “verbo en mi verbo” (p.72), un misterio que “roba el fuego” del deseo. La síntesis alcanza su clímax: lo sensual y lo metafísico se trenzan en imágenes como “terciopelo rojo / labios y labios / humedad de fuego” (p.70). El silencio es el aliento compartido después del éxtasis; la palabra que se agota ante lo sublime.

Cierra esta antología una selección de textos que ha titulado: *Otros poemas*. Este poemario se percibe como un caleidoscopio existencial. Aquí conviven la guerra (“Sucede que los tiempos son los mismos / los hombres se visten de guerra”, p.94) y la esperanza (“La flor / Crece persistente / Entre los escombros”, p.109). El poema “Trilogía” (p.99) descompone la vida en ADN y alfabetos, mientras “Para mi soledad” (p.102) encuentra refugio en la sombra del ausente. La poeta convierte lo cotidiano (lluvia, insomnio, exilio) en poesía pura. Destacamos “Las líneas de mis días” (p.107), poema que le da título a su antología y

que sintetiza su búsqueda: la escritura como puente hacia el otro, trazado con “un atronador silencio”. Lo cotidiano -lluvia, exilio, insomnio- se eleva al ámbito del rito mediante una voz que encuentra en lo mínimo la eternidad.

Así su obra es una “semilla de silencio que se abre”, como expresa en un verso de uno de sus poemas (poema IV de *El libro de David*). Sarah Beatriz Posada encarna una síntesis muy particular de tradición y ruptura en la poesía colombiana escrita por mujeres: Respecto a la tradición hereda la precisión verbal de esenciales poetas nacionales y del mundo y en relación con la ruptura desmitifica roles femeninos y convierte el cuerpo en territorio de libertad.

Su obra confirma que la verdadera revolución poética no grita: musita desde las fisuras del silencio. Como ella misma expresa en su libro: “La poesía es el exilio no el reino”.

A Medellín

*Mientras la tarde huye
o se refugia*

*Mientras por otros caminos
de ciudades semejantes
divaga en círculos el miedo*

*En estas calles
en estas casas
en esta ciudad*

Crece insospechada la muerte

Sarah Beatriz Posada



José Manuel Arango



El poema también es leve, aunque no por ello desprovisto del rigor de la sorpresa ni de ese coletazo que nos detiene ante el evento que podría ser simplemente anécdota sin interés. Esa levedad es la visión justa del instante que permanece en los sentidos, como quien es un intruso y, sin afanes, se familiariza con las cosas que lo rodean. Toda la obra de José Manuel Arango (poeta, también traductor y profesor de lógica) podría convocarse alrededor de momentos, que son a la vez reunión y selección, recordar y elegir. Sin duda, su voz se asienta como una de las voces fundamentales de la poesía colombiana, como las montañas a las que volvemos continuamente con la caricia de nuestros ojos.

Evocación y celebración de José Manuel Arango

Por: Pedro Arturo Estrada

Hay que saber ver lo otro que se esconde en lo más común

José Manuel Arango

Iba por la vida como por entre una fiesta de la cual, sin embargo, se hizo un poco al margen, pero admirando su cambiante belleza, celebrando luego sus dones en ese tono calmo y profundo, con las palabras más justas, más certeras, con la alegría serena del jardinero que se despierta temprano y poda, abona, cuida sus plantas, escucha con atención cada canto de pájaro, cada aleteo del aire entre las hojas y percibe la infinita variedad de los seres y las cosas del mundo. Tenía absortos los ojos fumándose cada pensamiento. Parecía siempre a punto de decirnos una verdad última o descubrirnos a cada segundo “Lo otro que se esconde en lo más común”. Veía y hacía ver la a veces elusiva belleza del entorno, la modesta realidad que le

rodeaba, sin aspavientos pero con la penetración y la claridad que solo por momentos se alcanza. Sabía conversar de frente con el silencio, ahondar en el lenguaje de los gestos y la señales, los signos que la vida dispone frente a cada uno, como los sordomudos que admiró porque sabían oír secretamente “los silenciosos hundimientos / de los valles del mar”. Iba sin prisa, destejendo palabras morosa y amorosamente conquistadas, soñadas y trabajadas a través del tiempo, la frecuentación de las páginas más antiguas y más frescas, los libros que desde la infancia marcaron su ya indetenible viaje de imaginación y creación. Llevaba el corazón despierto en medio de la noche y la mente desplegada a la inclemencia de los días, los oficios y las luchas cotidianas. Hasta la hora en la que su “Mirona” lo abrazó definitivamente, no desfalleció en mantener viva esa palabra necesaria, su presencia rotunda y desnuda, aun en medio del dolor al momento de la partida.

Quienes por aquellos días acudíamos a escucharlo, o mejor, a verlo callar mientras parloteábamos a su alrededor, entendíamos la inolvidable lección de su proverbial ensimismamiento; esa manera de estar entre nosotros sin dejarse atrapar por la palabrería, y no obstante, sin perder en momento alguno aquella sobria espontaneidad; sobre todo, esa cálida y amistosa sencillez que hasta en la manera de vestir —siempre con camisas de manga corta, zapatos y pantalones bastante sencillos— le distinguían. Tal vez fumaba tanto para evitar la extrañeza que producía su silencio a los demás. Era una manera de mostrarse ‘ocupado con los pensamientos’ y defender también la intimidad. Pero cuando tomaba la palabra en ese tono tranquilo, pausado, se mostraba dueño de sus honduras y repliegues. Sabía medir cada una de ellas, combinar y manejar sus efectos, su disposición lógica y penetrante hasta llegar al fondo del interlocutor. Sin devaneos ni solemnidades. Hablaba como escribía, esto es, con la desnuda precisión y la claridad del poeta innato, habitado por el *numen* pero con la naturalidad y el respeto, la conciencia extrema del poder misterioso que contiene el lenguaje en sí mismo, pues, como lo recordaría más tarde, en

una entrevista con la poeta colombiana Piedad Bonnett: “A mí, como te digo, me ha interesado siempre el lenguaje, la manera como trabaja [...]. Pero sobre todo el misterio del lenguaje, o el enigma, que en el fondo es el del hombre mismo”.

Uno recuerda y admira en José Manuel Arango la parquedad de sus maneras, la discreción con la que vivió. Pero, ante todo, celebramos y agradecemos la lección y la herencia de su palabra contenida y eficaz en momentos en los que, por el contrario, se magnificaba entre nosotros el desbordamiento verbal o la simplificación evasiva e insípida, el retoricismo o la penuria lingüística hija de la pereza, o la ignara indiferencia.

Celebramos en él el sentido de la proporción, la justeza, la sabia medida de los límites del lenguaje, pero también la demostración de su fuerza y capacidad expresivas, de su esplendor esencial en la poesía que escribió. Celebramos en él al riguroso artesano de los vocablos, el artífice paciente, cotidiano de la palabra recibida, creada por la cultura y la experiencia espiritual de muchos, pero por ello mismo, tanto más digna de ser usada con responsabilidad suma, como una fuente de comprensión y enriquecimiento humanos.

Es, en tal dimensión, la misma voz que celebramos en Thoreau (el pensamiento libre y gozoso); en Fernando Gonzalez (su querido viejo, pensador vitalista y caminante de *Otraparte*); en Emily Dickinson, William Carlos Williams (poetas que amaba y tradujo); incluso en el mismísimo Thomas Bernhard (el extraño escritor austríaco a quien leyó con gran interés en sus últimos años); en Quevedo, en Azorín, en Machado, en César Vallejo y en nuestro Aurelio Arturo. La misma voz que reaparece en algunos poetas contemporáneos, con otros acentos, otras preocupaciones, pero con la misma firmeza y autenticidad. La voz poderosa y sustantiva de la poesía sin adornos, sin disfraces, sin retorcimientos ni florituras. Porque en un mundo donde la desmesura, el tremendismo, la rimbombancia y la escandalaria mediática reinan, la voz de ciertos escritores a contracorriente de la moda, apartados de los reflectores y las pantallas, rigurosos, pacientes y profundos, señala todavía un camino —no de vuelta—, pero

sí de redescubrimiento de lo sagrado en lo vital, de soberanía de la belleza en lo efímero, de permanencia de la verdad en la simplicidad, en la transparencia y la desnudez de las cosas.

Uno celebra en José Manuel al “Poeta del silencio”, como a veces se le llamó, aunque no fue el suyo el silencio del indiferente; era en cambio, el silencio de la plenitud de la conciencia y la sensibilidad al límite; el silencio que crece detrás de cada palabra para sugerir la permanencia de lo inefable pero también el horror y el dolor. Asimismo, la claridad que irradia desde ella, como la tiniebla que destaca el fuego de un rostro en Rembrandt o Caravaggio.

Más allá de esto, uno evoca la figura de José Manuel Arango con la emoción de quien apenas podía acostumbrarse al asombro de su trato ocasional. Bajo esa figura magra, un poco melancólica por momentos, habitaba un filósofo vitalista, casi un panteísta, el poeta enorme que, a despecho de Baudelaire, prefirió mantener plegadas las alas antes que andar tropezando con ellas por las calles de la ciudad. Además, sospecho que sus mejores viajes los hizo a pie; no necesitaba mucho de esas alas para encontrar inspiración: los carriquies, las palomas, los gallinazos le bastaban para escribir de vuelos, para conocer de esas experiencias.

Finalmente estaba la muerte. Cuando ella, su “Mirona”, tal como la nombra en uno de sus más bellos poemas, la familiar husmeadora de sus pasos, la incansable compañera de su silencio y escritura, lo tomó tan prematuramente ese día, hacía rato la aguardaba, sereno. No obstante, no fue fácil la despedida. Fue sorpresivo y doloroso para todos. Esperábamos aún escucharlo, verlo caminar por ahí como ese “hombre demasiado corriente”, al lado de Clara, su amor de toda la vida, allá en El Carmen de Viboral, o en Copacabana, refugiado con sus libros en la casita rural que por fin disfrutaría, saliendo al parque del pueblo cada domingo a tomar tinto y fumar, recordando a su hijo muerto y aquellos años en los que fue a hacer su maestría en Estados Unidos. La vida, sin embargo, como la poesía, casi nunca se acomoda a los sueños tranquilos, a ese ritmo apacible que a

veces idealizamos. Quiero creer que tuvo tiempo para aceptarlo, incluso para despedirse de algunos amigos. De su compañera, de las páginas que dejaba inéditas incluso, las que no alcanzó a arrojar al fuego, pero que para él no tenían ya importancia.

Ahora, veintitrés años después de su tránsito, su poesía se lee y se difunde, sigue asombrando y conmoviendo otra vez a los jóvenes que pese al imperio de las redes sociales, mantienen todavía intacta la sensibilidad y exploran nuevos caminos, nuevas maneras de decir y entender una “realidad” cada vez más compleja y difícil.

Como la primera vez, sus versos vuelven a asombrarnos, no pierden ese misterio, ese encantamiento, y desde el otro lado de la memoria, su voz parece desdoblarse en nuevas posibilidades: “tal vez en otra lengua pueda decirse / la palabra / como una moneda antigua, hermosa e inútil”.

*Pedro Arturo Estrada: Poeta, narrador y ensayista. Ha publicado *Poemas en blanco y negro* (Editorial Universidad de Antioquia, 1994); *Fatum* (Colección Autores Antioqueños, 2000); *Oscura edad y otros poemas* (Universidad Nacional de Colombia, 2006). Sus textos han sido incluidos en diferentes antologías nacionales y del exterior.*

ESCRITURA

*La noche, como animal
dejó su vaho en mi ventana*

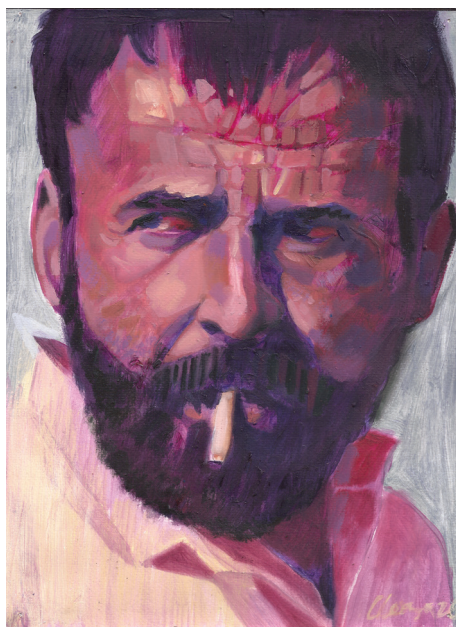
*por entre las agujas del frío
miro los árboles*

*y en el empañado cristal
con el índice, escribo
esta efímera palabra.*

José Manuel Arango



Raúl Gómez Jattin



Todo lo intentó este ser incomprendido: Profesor, abogado, actor, vagabundo, poeta, hombre, todo, sin que su voz de trueno definiera la primera patria. Tal vez la Libia maternal lo hubiese acogido mejor. Luego vinieron insomnes la muralla y el mar con su ritmo cíclico, a grabarse sin espera en las heridas de su alma.

La genialidad en él se pareció a la locura, urdida ancestralmente, posada entre sus carnes y sus huesos, vertida con manías desde el gesto, discursos sin grafías, recia la mirada en su momento de silencios. Un carro fue la excusa que la vida tomó para arrollarlo impúdicamente. Luego lo sepultaron y de su raíz se levantó un roble con corazón de mango, para los amigos. Sigue de pie, trémulo hasta su copa que insinúa una caricia al cielo.

Mis encuentros con el poeta Raúl Gómez Jattin

Por: Bárbara Lins

Escuché hablar por primera vez del poeta Raúl Gómez Jattin, en la mitad de la década de los años ochenta y yo era una estudiante de secundaria en la ciudad de Cartagena. Leí algunos de sus poemas, no porque me lo referenciaran los profes del bachillerato, sino porque ya nacía en mí cierta inclinación por la poesía, la literatura y los libros, y con la excusa de realizar tareas colegialas salía en las tardes rumbo a la biblioteca Bartolomé Calvo, pero casi siempre me quedaba en la librería Oveja Negra ubicada en el parque Fernández Madrid y donde caían con cierta regularidad figuras de la farándula, intelectuales, poetas y políticos de la ciudad.

Fueron los poetas Pedro Blas Julio Romero, Tarsicio Agramonte y José Sarabia quienes me pasaron algunas fotocopias con poemas de Gómez Jattin, como: *Y Van. Oropéndola. Veneno*

de serpiente cascabel. A una vecina de buena familia, etc. Pero el que yo más leía era el que aquí reproduzco:

*Qué te vas a acordar Isabel
de la rayuela bajo el mamoncillo de tu patio
de las muñecas de trapo que eran nuestros hijos
de la baranda donde llegaban los barcos de La Habana cargados de...
Cuando tenías los ojos dorados
como pluma de pavo real
y la falda manchada de mango
Qué va
tú no te acuerdas
En cambio yo no lo notaste hoy
no te han contado
Sigo tirándole piedrecillas al cielo
buscando un lugar donde posar sin mucha fatiga el pie
Haciendo y deshaciendo figuras en la piel de la tierra
y mis hijos son de trapo y mis sueños son de trapo
y sigo jugando a las muñecas bajo los reflectores del escenario
Isabel ojos de pavo real
ahora que tienes cinco hijos con el alcalde
y te pasea por el pueblo un chofer endomingado
ahora que usas anteojos
cuando nos vemos me tiras un “qué hay de tu vida”
frío e impersonal
Como si yo tuviera de eso
Como si yo todavía usara de eso.*

Yo leía y releía los poemas de Raúl, porque en la poca poesía que antes había leído, no encontré imágenes tan reales que evocaran mi infancia y reflejaran la idiosincrasia del caribe colombiano, en especial la de los pueblos de los departamentos de Córdoba y Sucre para referirse a características propias de la condición humana...

En la librería seguían hablado de Gómez Jattin, unas veces por su renovada e inigualable poesía y muchas otras por todas las embarradas que ya venía cometiendo en medio de su tierna locura.

*Yo tengo para ti mi buen amigo
un corazón de mango del Sinú
oloroso
genuino
amable y tierno
[Mi resto es una llaga
una tierra de nadie
una pedrada
un abrir y cerrar de ojos
en noche ajena
unas manos que asesinan fantasmas]
Y un consejo
no te encuentres conmigo.*

Este poema fue el culpable de que nunca entablara una conversación formal con el poeta, no por como lo termina sino porque un lunes por la tarde nos encontramos por primera vez en la librería, se me abalanzó apretándome fuertemente y diciendo en voz alta “*de dónde salió esta muñequita de trapo*”; yo me desprendí de él, salí corriendo y me senté en una de las bancas del parque; no estaba acostumbrada a que los hombres me abrazaran y nunca me habían gustado las muñecas, pero le cogí cariño a la de trapo rojo y fue la única compañera de mi infancia.

Seguí frecuentando la librería, hasta que un día Édgar Carri-
llo, el gerente, me propuso darme libros para que yo vendiera, ganándome un porcentaje por cada libro vendido. Acepté ahí mismo, vi la oportunidad de ganar dinero y así poder comprar botellitas de Tres esquinas que ya empezaba a gustarme. Lo curioso es que el mismo Édgar le había prohibido la entrada a la librería al poeta Gómez Jattin, porque este les quitaba el plástico a los libros y si alguno le gustaba se lo llevaba sin pagar, o si solo le gustaba un fragmento arrancaba la hoja y salía de la librería orondo y risueño abanicándose con ella, para luego hacer un avioncito de papel y echarlo a volar.

Volví a encontrarme con el poeta Gómez Jattin en varias ocasiones en la plaza de San Diego, nunca nos dirigimos una sola palabra, pero nos mirábamos con ojos de niños buenos. Nos

sentábamos en bancas distintas, él abstraído o monologando con el viento y las palomas mientras se fumaba un bareto y yo también fumando, pero un vulgar cigarrillo Royal y con la mirada puesta en la puerta de la Escuela de Bellas Artes, esperando a que saliera Soraya Montes, compañera de bachillerato de la que siempre estuve enamorada y que había decidido estudiar artes plásticas.

En mayo de 1990 decidí venir a vivir a Medellín; quería ganarme el pan trabajando con libros y me decidí por esta ciudad, sin importarme las opiniones de mi familia que decían: “te vas para Medellín, pero si allá no se escuchan sino bombas”.

En esos primeros años en esta ciudad me hice amiga del poeta Carlos Enrique Sierra, quien también resultó ser amigo del poeta Raúl, y en una de sus visitas a mi guarida ya ubicada en el corregimiento de Santa Elena, me contó que el poeta Gómez Jattin, andaba deambulando como un loco indigente por las calles, después de haber sido invitado al Festival Internacional de Poesía de Medellín, mi primera reacción fue decir: dile que se venga a vivir a mi casa. Días después Carlos me conto: Raúl dice que no quiere saber nada de mujeres. Me quedé pensando... él no quiere saber nada de mujeres y yo anhelando encontrar una mujer a la que amar.

A la semana siguiente volví a encontrarme con Carlos, se había vuelto una costumbre encontrarnos los jueves y los viernes por las tardes en La Arteria, un café-bar que se había convertido en el refugio de bohemios, poetas y artistas en plena Avenida La Playa. Mientras tomábamos la primera cerveza conversada se nos unió Ismael, el mono que vendía libros en la librería Hojas de hierba, y del que Raúl andaba enamorado por esos días. Estábamos degustando la tercera cerveza cuando como un caballo desbocado apareció Raúl, cogió dos de las cervezas y me bañó con ellas al tiempo que su voz de trueno gritaba PUTAAAAAAAAAAAA. Don Guillermo, el dueño de La Arteria, lo apartó de mí, y yo mientras me limpiaba los restos de cerveza de mi cara, y mi cuerpo, pensaba – Soy la puta que nunca se ha acostado con un hombre.

No volví a interesarme por la vida que llevaba el poeta Raúl, aunque a veces me llegaban noticias sobre él, y no eran las más alentadoras: decidida a no dejarme contaminar por sus actos, seguía leyendo su poesía ya reeditada y recopilada por la editorial Norma en el año 1995.

El día que ocurrió su trágica muerte, me refugié nuevamente en su poesía irreverente, amable, asombrosa, burletera y precisa para nombrar lo innombrable: le dolía el mundo con su “carga de piedras afiladas”, fue el protagonista de su propia poesía; llevaba con él la “congoja agazapada de Eusebio” y fue el Dios de su pueblo y su valle, encarnando a la “mujer de la belleza de otra parte” y rodeado de sus ángeles clandestinos para abrir las puertas a las diversidades.

Ha pasado más de un cuarto de siglo desde tu partida querido Raúl, y como librera puedo afirmar que las nuevas generaciones tienen sed de tu poesía; y los que no han perdonado tu locura se están ahogando en el mar del olvido, resecos por la envidia y la vejez en medio de la ciénaga de la vida y sin una balsa que les ayude a cruzar el río de la inmortalidad.



Sobre Raúl Gómez Jattin

Por: Luis Germán Sierra J.

Porque no soy bueno de una manera conocida.

R.G.J.

No basta decir que Raúl Gómez Jattin (Cartagena, 1945-1997) era un gran poeta. Que como era espontáneo, irreverente, “loco” y sincero, entonces eso lo hacía gran artista, gran escritor. Particularmente creo que Gómez Jattin es autor de muy buenos poemas, lúcidos poemas, que poco tienen que ver con la condición de derrota y auto marginación que se ha querido esgrimir como garantía de su éxito. ¿Es la marginalidad una condición para hacer buenos poemas? No creo. Él mismo decía que no había que fijarse en la vida del poeta, sino en su obra. Cito aquí a Darío Jaramillo, quien dedica un largo ensayo a la poesía de Gómez Jattin: “Lo siento, reivindicadores de la irracionalidad, de la vida miserable de los creadores y de los

poetas. Para escribir poesía -y Gómez Jattin las requirió cuando escribió sus mejores poemas- se necesita paciencia, disciplina, cierto orden -todas virtudes antipoéticas- y una especial capacidad de resonancia, un sentido del ritmo del lenguaje, una imaginable habilidad para cometer torpezas y otra imaginable insistencia en corregirlas, cierta visión oblicua, pero coherente, del mundo. Asuntos que no pertenecen al mundo de la locura, que más bien pudieran ser una vía para escaparse de ella, la única que poseyó Gómez Jattin”¹.

Raúl Gómez Jattin, era un “transgresor inocente”. Todas sus tropelías, sus desplantes, sus violencias, sus agresiones a sus propios amigos, como lo dice Carlos Monsiváis: (“[...] Y sí que se lastima, y sí que es irrevocable su decisión de no concederse tregua, de salir desnudo a la calle, de escribir en tormentas del insomnio, de irritar y lastimar a los que lo quieren y lo admiran. No puede evitarlo y el único sistema de explicación son los poemas: “¿De profesión / Loco / ¿De vocación? / Lerdo / ¿De ambición? / Terco / ¿De formación? / Ángel / y ni aún así / pudo contrarrestar / el cabrilleo de los ojos de Jorge // ¿De fornicación? / Lento [...]”²), estaban “justificadas” por su reincidencia en las drogas, lo que lo hacía violento, desproporcionado e indolente. Pero todo bajo el manto de la inocencia, de la inconciencia de que era así. Él mismo llegó a afirmar en un poema en momentos, sin duda, de conciencia de sí, de cordura y disciplina en “El dios que adora”: “[...] Porque no soy bueno de una manera conocida”³.

En su poesía, normalmente, era dulce como un niño, familiar, amable, pero volaba alto, hacia poemas bellos llenos de ternura y de música, cuando no de sarcasmo y de ironía. De aquello que tienen los poetas de verdad: transforman sus influencias, sin abandonarlas, en una voz propia y distinguible. En Gómez Jattin son rastreables Constantino Cavafis, Whitman y el Tuerto López, por lo menos. Pero admiraba y leía a O. Paz, a Fernando Pessoa. Escuchaba a Serrat. Así, poemas como: “Si las nubes no anticipan en sus formas la historia de los hombres”, “Qué te

vas a acordar Isabel”, “El dios que adora”, “La imaginación: la loca de la casa”, “Abuela oriental”, “La hamaca nuestra”, “Un probable Constantino Cavafis a los 19”, “Scherezada”, “Li-Po” y “Lola Jattin”, entre muchos otros, dicen a las claras que Raúl Gómez Jattin fue un gran poeta, con los vacíos que tienen todos los poetas, expuestos a la insustancialidad de parte de su creación. Aquello que hace que algunos creadores interrumpen así su obra, dándola por terminada, o, en el peor de los casos, terminando con su vida, porque no se sienten capaces de hacer nada distinto.

Quizás la soledad y cierta auto victimización de parte de Gómez Jattin respecto a su condición dio al traste con su buena poesía en que el humor, la risa de sí mismo, la causticidad y la ironía hacían parte de sus poemas. De bellos poemas donde desnuda su condición irrevocable de escritor, pese a la buena voluntad de sus padres, como dice en su poema “Desencuentros”: *Ah desdichados padres / Cuánto desengaño trajo a su noble vejez / el hijo menor / el más inteligente / En vez de abogado respetable / marihuano conocido / En vez del esposo amante / un soltero precavido / En vez de hijos / unos menesterosos poemas // ¿Qué pecado tremendo está purgando / ese honrado par de viejos? ¿Innombrable? // Lo cierto es que el padre le habló en su niñez de / libertad / De que Honoré de Balzac era un hombre notable / De la Canción de la vida profunda / Sin darse cuenta de lo que estaba cometiendo*⁴. A un poema del final de un libro publicado póstumamente, sin vuelo, facilista, como dice en su *El libro de la locura*, publicado póstumamente: “No morirás” musitan los brujos negros / “Rodarás por las aceras mendigarás para comer” / Se ve tendido en una acera / Cubierto de moscas la cabeza sucia de fango / mastica unas raíces amargas / “Dios” suplica “¿Dime qué he hecho? / Espera una respuesta / Mas parece que Dios está ocupado / “Dios” insiste “Te habla el artista desdichado” / “¿Qué he hecho para merecer este castigo?” / Silencio”⁵

Poema sin gracia de un libro sin gracia, autocompasivo y sin humor.

Algunos dicen que *Hijos del tiempo*, libro de personajes como Kafka, Li-Po y Homero, entre otros, y en que recrea algunos mitos, como Teseo, Medea y Casandra, es un libro donde el poeta Gómez Jattin se pone serio y habla en sus poemas de temas, ahora sí, trascendentes. Yo creo que no. Que si bien es un magnífico libro (que, además, termina con ese excelente poema que se llama “Lola Jattin” –[...] *Está Lola -mi madre- frente al escaparate / empolvándose el rostro y arreglándose el pelo / [...] / No sabe que en su vientre me oculto para cuando / necesite su fuerte vida la fuerza de la mía-*)⁶, son sus poemas cotidianos, los de la vida común y corriente, poemas grandes porque hablan de cosas sencillas, de su vida, sus más bellos poemas. Libros como *Poemas* (1980), que suscitó la hermosa carta emocionada de Jaime Jaramillo Escobar en 1983, poemas tan bellos como “Qué te vas acordar, Isabel”, “Emilia”, “Te quiero, burrita”, “La muerte camina en tus huesos”. O sus otros libros: *Retratos*, *Amanecer en el valle del Sinú* o *Del amor*. Sus poemas que lo hacen un escritor muy importante. Que continuó el mejor camino de la poesía colombiana.

Raúl Gómez Jattin se convirtió en la gran victoria de la poesía colombiana. Que sucumbió ante las drogas y la locura. O a la locura debido a las drogas. No podía decirles no, porque le aliviaban la soledad y lo hacían “libre”, aunque lo hicieran, al mismo tiempo, violento hasta con sus propios amigos e irreverente con quienes lo ayudaban y lo sacaban de sus frecuentes afugias. Un poeta que, al día de hoy, cuando se conmemoran los ochenta años de su nacimiento, y muerto en 1997, sigue siendo un poeta trascendental en la poesía colombiana, sus libros siguen leyéndose y siguen reeditándose. Un poeta de muy buenos poemas, escritos cuando el poeta estaba bien, cuando gozaba de buena salud, paciencia, lectura, alimento, imaginación y disciplina. Ingredientes fundamentales para escribir buena poesía.

“El transgresor inocente”, *Raúl Gómez Jattin. Entrevistas, evocaciones & 7 poemas inéditos*. Editorial Letra a Letra y Sociedad de la Imaginación, 2018, p. 91.

Raúl Gómez Jattin. Amanecer en el valle del Sinú. Antología poética, Fondo de Cultura Económica, Carlos Monsiváis, prólogo.

En *Raúl Gómez Jattin. Poesía 1980-1989*, Editorial Norma, 1995, p. 37.

Ídem, p. 59

El libro de la locura (2000), En *Raúl Gómez Jattin. Amanecer en el valle del Sinú. Antología poética*. Fondo de Cultura Económica, p. 164.

Ídem, p. 141

Luis Germán Sierra: Cursó estudios de Español y Literatura en la Universidad de Antioquia. Fue coordinador de actividades culturales de la Biblioteca Carlos Gaviria Díaz de la Universidad de Antioquia y editor de la publicación “Leer y releer” de la misma institución.

Un probable Constantino Cavafis a los 19

*Esta noche asistiré a tres ceremonias peligrosas
El amor entre hombres
Fumar marihuana
Y escribir poemas*

*Mañana se levantará pasado el mediodía
Tendrá rotos los labios
Rojos los ojos
Y otro papel enemigo*

*Le dolerán los labios de haber besado tanto
Y le arderán los ojos como colillas encendida*

Raúl Gómez Jattin

Thank
you



2016

Paloma Pérez Sastre



Contar las cosas como andar lenguajes, hacerse navegante de la cultura, acudir donde sea menester una palabra de identidad y de asombro, tener los ojos atentos y alumbrados para ver pasar las aves del tiempo en desbandada. La vida se escribe mejor sin ficciones, en la circadiana gracia espontánea, en la hipnótica razón que nace de cada aprendizaje, en el oficio placebo de la observación que abriga de escritura cada naufragio de la pregunta. Se escribe no para registrar sino para legar una voz en la penumbra, junto a los álbumes, los nombres, las búsquedas, collages de nuestros días, la certeza de hacer caminos en el tiempo mediante su majestad Literatura. El misterio existe, ronda, se hace espuma o fumarola, habita diverso y se recrea, a veces en el aire, en el agua o en los muertos, pero siempre dentro de nosotros.

Menos concepto, más imagen

Por: Federico Ayazo Vélez

Para Paloma Pérez Sastre ningún detalle de la realidad, por más anodino que parezca, pasa desapercibido. Si algún día escribiese un arte poética imagino que sería algo así como un pequeño tratado sobre la revelación del universo que se esconde detrás de los escaparates, los rincones de la casa, las ciudades lejanas que visita o el aura misteriosa de los animales domésticos.

Su vasta sensibilidad nos arrebatara suspiros al hacernos padecer la larga agonía de una tórtola que muere luego de estrellarse contra su ventanal o la asfixia que produce una muchedumbre abigarrada en torno a una pelea de gallos que pocos realmente observan, “porque el verdadero espectáculo está en las caras de los asistentes”. Pero también su palabra puede tomar de repente el sabor exquisito de un plátano cocinado por un caporal andino en la Pachamanca –olla de tierra– o transportarnos de manera simultánea al universo de Walt Disney y a la cosmogonía amazónica que nos previene del espíritu perverso

de Yacu-runá, ser mitológico que toma la forma de un delfín rosado y embaraza a las mujeres que en sus épocas de fertilidad se sumergen en el río.

Cuando me encomendaron la tarea de escribir sobre la obra de Paloma, me quedé estupefacto durante varios días. Debo expresar que me resulta difícil hablar sobre ella sin reconocer primero lo significativa que ha sido su presencia en mi formación existencial y profesional. No podría, por ello, llevar a cabo un ejercicio estructuralista para advertir exclusivamente la trama y los motivos de su obra sin mencionar su abnegado trabajo como maestra, gestora cultural e investigadora, así finalmente todas sus facetas converjan en la palabra literaria, con quien parece fundirse con los años.

Aunque no recibí nunca una clase de ella, probablemente su ejemplo me enseñó más que todo lo que pude haber aprendido en un aula, porque con total libertad, silenciosa sabiduría e, incluso, intencional desprendimiento, me permitió abrirme paso como profesor universitario y sorprenderme leyendo mis baratijas de mal gusto junto a gigantes de la poesía como Gustavo Adolfo Garcés o Robinson Quintero Ossa, a quien honramos hoy con el conjuro de la palabra.

También, gracias a su trabajo como investigadora, muchos pudimos tomar conciencia por primera vez de que el notable escritor antioqueño Tomás Carrasquilla tenía una hermana llamada Isabel –también maravillosa escritora y dramaturga–, pero que, pese a tener un espíritu generoso con el “despertar literario” de las demás mujeres en los años veinte (como con Sofía Ospina de Navarro, por ejemplo), mostraba cierto recelo con la escritura de su hermana, a quien no apoyó y mantuvo en cierto anonimato; no sabemos bien si por proteger a Isabel del ambiente literario bohemio de la época, por los peligros del “enlibramiento” de los que hablaba Virginia Woolf en “Una habitación propia”, o por una velada oposición a la participación de las mujeres en la vida pública.

A su vez, Paloma aró en la manigua para que escuchásemos voces tan potentes como la de Magda Moreno, quien nos reveló

que la tiranía de la moda nos hizo creer durante demasiado tiempo que las damas de la época de Luis XV se desmayaban por amor y no, como en realidad ocurría, por “la acción opresora del corpiño armado en varillas que les dificultaba la respiración” y por las extenuantes jornadas que tenían que aguantar, completamente quietas y en vísperas de un baile importante, para que sus peluqueros hicieran verdaderas obras arquitectónicas con sus cabellos.

No sería tarea fácil encasillar los libros de Paloma en un solo género. Apenas el crítico- cazador está próximo a atraparlos, sus palabras rehúyen a lugares inhóspitos de la literatura donde no ha llegado nunca el taxonomista conservador que se resiste al travestismo literario. Con justeza señala Juan Villoro que “la mayoría de las veces, el escritor de crónicas es un cuentista o un novelista en apuros económicos”. Por lo mismo, podríamos decir que, como el buen cronista, Paloma mantiene un pie en los datos y otro en la imaginación, porque sus textos toman la forma de un ornitorrinco de la prosa, como llama Villoro a la crónica, y delatan su influencia de la novela, el reportaje, la entrevista, la autobiografía, el teatro y hasta el ensayo mismo.

Aquí valdría la pena detenernos un poco y, como ella, otear con detenimiento desde lo alto, porque sus textos no se limitan a la simple anécdota o descripción de los sucesos que le circundan. Como acertadamente señala Luis Germán Sierra, en su obra Paloma se hace objeto de una realidad espontánea a la que la vida quiere someternos, pero ella se agazapa sobre la misma a través de la observación y la escritura, mucho más allá del simple registro o acontecimiento, para adivinarnos una ironía, una conclusión paradójica o una coda aparentemente inocente.

Pero, a diferencia de Sierra, quien prefiere llamar notas y no ensayos a las prosas de Paloma, porque lo encuentra menos pretencioso, no considero pronto ni presumido denominar ensayos a sus inusitadas glosas, toda vez que, como bien expresó el magnífico Jaime Alberto Vélez, existen tantas definiciones de ensayo como ensayistas. Pienso, además, que tendríamos que preguntarnos por qué el afán desmedido por diferenciar

siempre entre los textos que producen los hombres y las mujeres, como si la buena literatura no fuera simplemente eso: buena literatura. Pese a ello, los críticos parecen obstinados en crear categorías insulsas para mantener la brecha: mientras los hombres escribimos ensayo, simplemente, la escritura de las mujeres es más bien “ensayo creativo” o una “escritura del yo”, como si el mismísimo Montaigne no nos hubiese advertido ya en el comienzo de su libro precursor que era él mismo la materia de su libro y que por eso “no es razonable que emplees tu tiempo en un asunto tan frívolo y tan vano”.

No es detalle menor que, al igual Montaigne, Paloma se maraville con los gatos y se cuestione sobre su “insondable belleza” y si acaso “el ronroneo es el sonido de un artilugio interno que los conecta con una vida subterránea, cuyos misterios nos transmiten en pequeñas dosis cuando nos rozan las piernas con el lomo arqueado”. En este punto, no cabe duda de que su obra abandona la forma de un ornitorrinco y toma la de un centauro, como bien definió Alfonso Reyes al ensayo, porque sus textos además oscilan entre el pensamiento y la metáfora, entre la digresión y la poesía. Y por ello es que logra advertir semejanzas, en apariencia tan insospechadas, como la que guardan el oficio de la escritura con el de la lavandería, porque “a la vez que se obedece a los mandatos de permanecer en casa y consumir montones de productos de aseo, se encuentra la soledad necesaria para crear; y en vez de entonar canciones, se inventan historias. Soledad y habitación propia con lavadora... ¡Ah, Virginia!”.

Hace un tiempo, luego de que le solicité un consejo para saber cómo podía mejorar un microrrelato con el que me gané el último lugar de un concurso literario, Paloma me respondió algo que ha revoloteado en mi cabeza durante años y que quizá podría darnos pistas sobre los hilos secretos de su escritura, que sin duda encarna la sabiduría de místicos como Rumi, cuyo universo sufí de mareos y revelaciones divinas ella me presentó (¿accidentalmente?) el día que enfermé de vértigo. Simplemente me dijo: “menos concepto, más imagen”.

No necesitaba más. Espero que, conforme pase el tiempo de manera infranqueable y mis hombros se curven cada vez más hacia la tierra, me alcance la vida tan siquiera para comprender medianamente, como ella lo ha hecho, qué fue lo que realmente quiso decirme.

Federico Ayazo Vélez: Magíster en Literatura de la Universidad de Antioquia. Profesor con experiencia en la enseñanza de las prácticas de lectura, escritura y oralidad y en la literatura latinoamericana/colombiana. Intereses investigativos relacionados con la memoria, el conflicto armado, la música, la etnoliteratura y el medioambiente.

2011

*Con tela me la cosí al pecho.
Su oído acompasó mi corazón.
En mí mi madre
y la madre de mi madre.
Cosida a mi cuerpo renazco
y su madre nace otra vez.*

Paloma Pérez Sastre



Andreas
Rin
Oct 19

Raúl Henao



Pensar en voz alta fue el ejercicio aprendido de la abuela, contrapunteo de la timidez, con religiosidad, pluviosidad, proximidad. Levanta una antorcha para encender oídos ajenos, recorre la ciudad en su centro y se entera que es poeta solo cuando la mística se le derrama en las esquelas, se hace pintura abstracta en lienzo de letras, una balsa que surca los colores de la ambivalencia, radical en la renuncia, sin extremos lacónicos ni mucho menos teatrales. Vivir es su sospecha aunque festeje la muerte cotidiana, tras sentir el viento riguroso que toca a la puerta con nudillos blandos invitándolo a viajar, a ensayar el canto, a contar la arena grano a grano, en el mar del tiempo y en el silencio de una vigilia que no impide creer en el instante.

Raúl Henao: huésped de la poesía

Por: Víctor Raúl Jaramillo

En 1973, Raúl Henao —poeta al que homenajeamos hoy— publicó su primer libro aquí, en Medellín: *Combate del carnaval y la cuaresma*. Que yo sepa, no hay una reedición actual de este poemario que vio la luz junto a otro par de libros de importancia para la poesía colombiana: *Este lugar de la noche*, de José Manuel Arango, y *Memoria del agua*, de Juan Manuel Roca.

Tres libros que en su formato tenían una especie de hermanamiento tácito, un triunvirato que ha servido de referencia para los que estudian la actividad poética del país.

Raúl Henao es una especie de monje cuyo monasterio está forjado por muros de papel que susurran cantos y perplejidades en las noches frías. Sibarita del ayuno y hedonista solitario, se ríe entre árboles esotéricos y astros agoreros, mientras acude a encantamientos ocultos que se erigen como el vientre religioso que hizo presencia en su infancia. Le gusta intervenir sus poemas con la sabiduría oracular, se mueve entre extremos hasta

que decide un alto para morar la vía media, la justa medida que procura el avistamiento de rugidos y temblores.

No sujeta a lo que está a punto de caer, ni se eleva tan alto que ya no pueda ver aquello que lo vinculaba a la tierra. Su condición es anidar en este o aquel lugar, mecido por cuerdas invisibles, sin esquivar la serpiente que reptaba en el abrigador empíreo.

Dice uno de sus poemas:

*Mi cuerpo es un viejo instrumento de cuerda en el que un concertista
desconocido compone la música de las palabras.
¡Ah! Ese desconocido con los dedos del viento,
rasguea las cuerdas de mi vida.
Toda mi vida es una orquesta
el tiempo el director de orquesta.
Mis pensamientos y sentimientos ambos músicos al decir un poco locos.
Todo hace pensar que hay un solo compositor
detrás de esta disparatada partitura, como hay un solo titiritero
tras la zarabanda de las marionetas. Mi titiritero, mi músico es el amor.*

Respecto al amor, Raúl Henao piensa que ha de ser reinventado. Entonces sube y baja como un termómetro entre arcanos, convergencias y diásporas hasta grabar con roja sensibilidad la magia que habita su escritura, la quemazón de su instinto que mide cada señal antes y después de la ceniza.

El poeta que viaja entre páginas erotizadas y nebulosas es, según el documental que hizo Diego Alexander Gómez —también poeta y amigo de Raúl—, *el músico escondido*. Alguien que oye el griterío de las piedras sin que afecte las flautas que se desgranaban al amanecer.

A Raúl Henao se lo ve caminar a punto de revelarnos algo que de tanto ser visto no sabíamos que allí estaba: detallista al extremo, no tolera las rápidas impresiones ante lo que nos rodea, asumiendo con estoicismo las consecuencias de sus elecciones.

Se percibe a sí mismo —según el epígrafe de su libro, *Mors osculi*— como un hombre envejecido que, entre esto y aquello, pide un vaso de vino y alguna muchacha. Sus poemas no carecen, en todo caso, de la frescura que nos hace vibrar cuando

leemos con atención. Poemas que, tras darnos un dulce lanzazo, activan nuestra existencia aunque no sepamos (a ciencia cierta) de qué se tratan.

Estén seguros quienes los lean de que no les robará la vida.

A Raúl Henao lo han llamado: *El minero del espíritu*, no porque viva escondido bajo tierra, o porque se interese por el submundo de la consciencia o por su relación con el surrealismo, sino porque, de sus inmersiones poéticas, logra sacar finas pepitas doradas que acrecientan su estima cuando las lleva a la escritura.

Hay un poema que me gustaría citar aquí: *El eterno retorno...*

*El mundo es fábula en el telar del tiempo, lienzo sin marco,
rostro sin espejo.
Como se tejen se destejen el sueño y la vigilia.*

*Solo la sed de ser retorna (en la fosa la arcilla
la rosa en la semilla)
de existencia en existencia, de nada en nada.*

Ahora bien, que el mundo sea una fábula, ya lo han dicho varios autores, una y otra vez. Que la existencia esté bajo la tutela del tiempo también es, digamos, un lugar común.

El lienzo del poeta (porque hay una plasticidad pictórica en su obra), nos deja una inquietante verdad: no queremos morir, nos aferramos a ilusiones y espejismos con tal de no desaparecer, haciendo y deshaciendo sin que importen los demás ni lo otro de los otros.

Conjunción de vacíos que, tarde o temprano, enmohece el corazón.

Con esa *sed de ser*, nosotros, tras un negro enjambre de mieles difusas, nos asumimos como algo diferente de lo que somos, de lo que venimos siendo, y, cansados pero con ganas de llegar lejos, bailamos y nos agotamos en medio del tránsito hasta hundirnos en nuestro ocaso, en el infausto deseo que nos pudre por dentro.

Soñadores que al abrir la puerta del cuarto para salir, después de sentir la profundidad del hueco que nos define, comprobamos que nos habíamos quedado afuera.

Paradoja del doble que se nutre de las afugias impuestas por la costumbre citadina que enrarece el olfato. Tela del sentido que tejemos y destejemos y en cuya lenta urdimbre, hecha con los bramantes de una larga espera, rechina un mundo lleno de ausencias.

Delicado brotar de lo naciente, atisbo que a duras penas se desliza entre tumbas y ecos sordos. Semilla que surge en el jardín donde los años cavan una fosa cubierta de secretos: prefiguración del rostro que aún no se refleja en ningún espejo, guiño del lenguaje, cause de nuestro constante tanteo.

Paréntesis que aflige, que perturba y acrecienta la lucidez y el desasosiego, breve pausa entre voces, agitado rumor entre silencios.

Raúl Henao es un poeta con estrechos vínculos surrealistas que podrían sugerir una escritura al desgaire, de efectos automáticos, que suele traducirse como tributo al inconsciente: remanente psicoanalítico que su- planta la divinidad y su ritualismo, lugar presentido que ignoramos con exactitud, que se expresa cuando menos lo esperamos y al parecer nos resguarda de la realidad. Una metáfora más para lo que se nos escapa.

Mas no leo en Raúl al típico “surrealista” que escribe lo primero que se le ocurre y se vanagloria de falsos hallazgos. En su poesía noto, al contrario, una leve meditación a veces cáustica, otras con acento conciliador, y también al observador que da indicios con tono casi pedagógico: poeta que nos enseña lo que nos libra de la ruina, del tiempo irrefutable que nos consume.

Poemas cuya combustión reflexiva es evidente, pese al juego de imágenes que muerden lo hondo de sí:

Uno de tus días (Dios se apiade de ti) hallarás de todos modos a ese viejo de aspecto estúpido que no se ha sacudido el polvo de encima en muchos años.

Raúl Henao se sabe hijo del fuego, un heracliteo lanzallamas que no se asusta ante las hogueras de la cultura donde son incinerados los aspirantes a la inmortalidad. Un hombre empecinado en luchar por su libertad, en conservarla a riesgo de ser marginado por círculos de intelectuales y otros arácnidos de fuertes venenos burocráticos.

A este poeta le gusta jugar con fuego, poner la mano en las llamas que otros salvan del incendio. Su corazón *es un galpón de gasolina/un polvorín de fuegos artificiales*. Y, pese a su crepitante desnudez, procura *no sumar palabras al dolor humano*, aunque lo que ame sea una zarza ardiente.

Esta sería su propia definición, tal vez:
(un) hombrecito sudoroso que corre tras la gente
para soplarle fuego al oído.

Demos un abrazo levantamontañas a Raúl Henao, poeta al que *es posible adivinarle el rostro perdido, el rostro de ciego, el rostro del paraíso*. Un hombre cuya poesía relumbra en el abismo.

Victor Raúl Jaramillo: Filósofo de la Universidad de Antioquia, Licenciado en Educación de la Universidad Cooperativa de Colombia, Doctor canónico y Doctor civil en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana, poeta y escritor. Ha realizado estudios de pintura y música. Creador de un Consultorio Filosófico. Fundador del grupo de metal Reencarnación.

EL VIAJERO Y SU SOMBRA

*Igual que el pasado, el futuro prolonga su sombra
en el tiempo presente.*

*Por eso el viajero persigue
a la altura del horizonte, solo la luz del sol,
la dulce sucesión de unos días apacibles
iguales los unos a los otros
(áurea mediocridad)*

*donde todo concluye para empezar de nuevo:
eterno rondar de la presencia y la ausencia,
el ser y el parecer, la sustancia y el accidente.*

*Camina entonces, en ese orden de ideas,
por el justo medio
(precepto de los antiguos)
y no vuelvas atrás a menos que busques perderte
en los minutos de arena que separan
el sueño y la realidad.*

*Recuerda que la paz es una dádiva incierta
que te concede la guerra
recomenzando cada mañana en la oscuridad
del vecindario.*

Raúl Henao



Luis Eduardo Loaiza

Artista plástico, dibujante y pintor nacido en Medellín. Desde hace aproximadamente quince años ha desarrollado una práctica artística centrada, principalmente, en el paisaje y el retrato, dos líneas de trabajo que dialogan entre la memoria, el territorio y las personas que lo habitan.

En su trabajo de retrato, realiza un ejercicio de observación y representación en el centro de Medellín, tomando como referentes a quienes transitan y construyen cotidianamente este espacio urbano. A través de estas obras, explora la identidad, la presencia y las narrativas individuales que configuran la vida en este territorio.

En paralelo, su investigación sobre el paisaje se enfoca en el barrio que habita, abordado desde la memoria personal y la evocación. Estas piezas, que denomina “Reconstrucciones”, proponen una reinterpretación sensible del territorio, donde el recuerdo y la experiencia se convierten en materia pictórica.

Además, ha explorado el *street art* como una extensión de su práctica artística, participando en procesos colectivos como “El Alegrarte”, con la Corporación Artística Cultura y Libertad en distintos sectores de la ciudad y el departamento, y “Museo Urbano de Memorias”, con la Fundación Trash Art en el barrio Santo Domingo Savio; así como en otras intervenciones realizadas en el espacio público de Medellín.

Exposiciones recientes

GALERIA CARLOS OROZCO, Narrativas de un todo, Octubre 5 – diciembre 15 2024.

CENTRO CULTURAL LA HUERTA, De color, 29 de feb 2024- mayo 2024.

GALERIA PALACIO NACIONAL- Local 476, Paisajes y fragmentos, Agosto – sept 2023.

MAMM, Medellín. Pulso de ciudad, Divas. 30 nov 2022- abril 2023.

MUSEO DE ARTE DE JERICÓ, Colores Urbanos, Junio-Agosto 2019.

GALLERY AT DIVAS, Paisajes y retratos, Septiembre. Oct 2018.

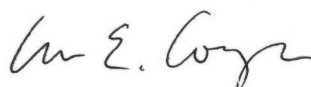
LA NAVIERA, Arte en desuso, exposición colectiva, Octubre - Noviembre 2018.

AROMA DE CAFÉ, Little gallery, Dibujos, Exposición Individual, Marzo – Mayo 2018.

I. U. COLEGIO MAYOR DE ANTIOQUIA, Paisajes, pinturas y dibujos, exposición individual, Agosto- septiembre. 2017.

COLOMBIANART, Medellín ciudad de contrastes, Exposición colectiva, Agosto – Septiembre, 2016.

BIBLIOTECA EFÉ GÓMEZ, U. NAL. DE COLOMBIA, SEDE MEDELLÍN, Exposición colectiva, Retratos de ciudad, Marzo – abril 2015.



Luis Eduardo Loaiza L.



(+57) 604 219 53 30 | imprenta@udea.edu.co
Impreso en abril del 2026

